

de su vida, y que perpétuamente visible á los ojos de las generaciones, las afirmase en la doctrina de su Maestro hasta el día de la eternidad. Preguntando á la historia, responde que en efecto la Providencia ha desplegado en la muerte de Pablo toda la magnificencia de esta gran ley.

Su cabeza cae y se obran dos milagros. En lugar de brotar sangre, brota leche; la columna, la tierra, el brazo, la clámide del lictor se inundan con ella. 1 La cabeza da tres botes, y de los tres puntos del suelo que ha tocado, salen tres fuentes que corren todavía. Están encerradas en la iglesia, dejando entre sí cerca de cuatro piés de intervalo y conservando cada una de ellas su diferente temperatura. 2

Lo que se siente á la vista de aquellas aguas milagrosas, lo que se experimenta al acercarlas á los labios, lo que se siente, lo que se pide, lo que se desea despues de ha-

1 Res quidem adeo insignis non tantum et dictis, actis (apostolorum Petri et Pauli), sed et aliis compluribus habetur testibus confirmatu. Nan et S. Ambrosius, *Serm.* 68, de re tam celebri et clara nec dubitatione aliqua obscurata his besbis meminit: "De Pauli vero cervice, cuam eam persecutor gladio percussisset, dicitur fluxisse lactis magis unda quam sanguinis, et mirum in modum sanctum apostolum Baptismi gratia in ipsa cæde exstitisse splendidum potius quam cruentum. Quæ quidem res in sancto Paulo stupenda non est. Quid enim mirum si abundat lacte nutritio Ecclesiæ? . . . hæc est plane promissionis illa terra quam Deus patribus nostris promisit, dicendo: Dabo vobis terram fluentem lac et mel. Non enim de hac terra locutus est quæ dimanantibus aquis caenum involvit et utrunque permiscet, sed de illa tum Pauli, tum similium Pauli, cuæ jugiter purum suaveque distillat. Quæ enim Pauli epistola melle dulcior et lacte candidior? quæ epistolæ tanquam ubera ecclesiarum populos enutrium ad salutem. De cervice ergo Apostoli pro sanguine lac manavit." Sed et S. Joannes Chrysostomus, ejusdem veritatis gravissimus assertor, sic ait (orat. in Princ. Apost.): Qualis locustuum, Paulæ, sanguinem excepit, qui lacteus apparuit in ejus veste qui te percussit? Qui quidem sanguis barbaricum illius animum redfidem tradulciorem, ut ipse una cum cocco ad dens melle duceretur ita affectit.

Véase á Baron. *Ann.*, t. I, p. 478, H. 12

2 Baron. *Ann.*, t. I, p. 478, H. 13.

ber bebido de ellas, no hay un cristiano que deje de imaginárselo; pero solo puede saberlo el que ha gozado de esta delicia. Despues de la ejecucion, Plautilla envolvió en su velo la cabeza del Apóstol y la fué á depositar á la catacumba de Lucina en la vía de Ostia. Por los cuidados de Lucina, esta otra matrona igualmente digna de nuestros tiempos heróicos, el resto del cuerpo fué trasladado al mismo cementerio. 1 Mientras esto pasaba, el sacerdote Marcelo daba en el otro extremo de Roma, una real sepultura á Pedro, que acababa de espirar en las alturas del Vaticano.

Ya eran muchos los gozes de un día; por otra parte, hubiéramos creído profanar semejante espectáculo si no nos hubiésemos quedado bajo las impresiones que produce; nos volvimos á Roma siguiendo de nuevo la vía que habia conducido á Pablo al triunfo.

20 DE MARZO.

Domingo de Ramos.—Anécdota.—Arco de Druso.—Vías Romanas.—Vía Apia.—Basílica de San Sebastian.—Recuerdos.—Inscripcion.—Vila de Maxencio.—Templo y Circo de Rómulo.—Sepulcro de Cecilia Metella.—Iglesia del *Domine quo vadis*.—Palabras de San Ambrosio y de Suarez.

Si en la lengua católica, la semana que comenzamos se llama justamente *la Semana Mayor*, *la Semana Santa*, en Roma parece que debe merecer otro nombre, porque en ninguna otra parte del universo es tan grande, tan santa. Grandes sin-

1 Baron., *Ann.*, t. I, p. 478, H. 13.—Son bien conocidas todas las instancias que hizo cuatro siglos más tarde la emperatriz Constantina para conseguir de San Gregorio Magro este velo precioso; son tambien conocidas las cartas en que este pontífice se excusa de no poderlo dar, atendiendo á que está siempre en el sepulcro de Pablo, que no debe ser abierto. *Epist.* lib. III, ep. 3.

duda y santas son las ceremonias que durante estos días memorables tienen lugar en Jerusalem en el lugar mismo de los acontecimientos; pero Jerusalem es la esclava de los Turcos. En su estado de pobreza y de desolacion ¿qué pompa puede dar á sus augustos misterios? Por otra parte, Jerusalem no tiene ni olas innumerables de peregrinos que vayan de los cuatro ángulos del mundo y cuya presencia anime y engrandezca las fiestas de la religion, ni el Pontífice supremo que desde lo alto de su trono inmortal bendice á sus hijos despues de haberse prosternado á sus piés; ni la lanza, ni la corona, ni los clavos, ni la columna, ni la cruz del Hombre-Dios, signos poderosos que conmueven hasta la última fibra del corazon; ni todo ese mágico conjunto de monumentos y de recuerdos que, llamando de sus tumbas á los siglos paganos y á los siglos cristianos, les hace asistir con vosotros al drama del Calvario, al mismo tiempo que se apodera de todas las facultades del alma y sucesivamente las eleva hasta la bondad de un Dios moribundo, ó las abate hasta la maldad del Judío deicida.

Todos los viajeros, segun creo, están de acuerdo en decir que la dicha de ver las ceremonias de la Semana Santa en Roma basta para hacer emprender el viaje á Italia. Inútil es decir desde luego, que saludamos con particular alegría el sol que iba á iluminar el primer día. A las nueve estábamos en el Vaticano para asistir á la bendicion de los ramos. En otro tiempo la ceremonia tenia lugar en la capilla Sixtina; pero por las numerosas súplicas de numerosos extranjeros que querian ser testigos de ella, Gregorio XVI decidió que en adelante se hiciese en San Pedro. Desde luego la vista de aquellas palmas artísticamente trabajadas trae á la memoria un interesante recuerdo.

Sixto V habia resuelto mandar levantar

en la plaza de San Pedro el obelisco de granito rojo hasta la mitad, sacado de los escombros del circo de Neron. La operacion se encomendó al arquitecto Domingo Fontana. Este habia dispuesto cuerdas que debian insensiblemente mover el monolito, levantarlo y dirigirlo, sin accidente para los obreros, hácia el punto que debia ocupar. El 10 de Setiembre de 1586 fué el elegido para la ereccion. El arquitecto exigia un gran silencio para que pudieran oirse sus órdenes. Sixto V manda publicar un edicto por el cual anuncia que el primer espectador de cualquiera rango y de cualquiera condicion que sea, que *profiera un grito ó turbe la operacion*, será al punto *castigado de muerte*. Nadie es admitido en la plaza sin saber el rigor de la orden. Se conviene con todos los asistentes que solo se oiria el sonido de la trompeta para arreglar los movimientos, y el sonido de los platillos para marcar los descansos; solo la voz del director de los trabajos podia interrumpir el silencio universal. Tal sujecion no cuesta esfuerzo á aquel pueblo tan entusiasta por las artes, y que en muchas circunstancias sabe tener algo de la grandeza y de la dignidad del antiguo pueblo romano. Sixto V llega bien pronto seguido de su córte y se sienta en un estrado.

Puestas las cuerdas en movimiento levantan el obelisco y llevan aquella masa de un peso inmenso cerca del lugar dispuesto para recibirlo. El Papa anima á los obreros con signos de cabeza y con miradas llenas de alegría; dentro de un momento se habrá conseguido el objeto. Solo Fontana habla y manda una última maniobra. Repentinamente un capitán de navío genovés, llamado Bresca, nativo de San Remo, en el rio de Génova, exclama desde el centro de la multitud con una voz retumbante: *Acqua alle funi*; "agua á las cuerdas;" y al momento va á ser entregado á los guardas que rodean el instrumento del

suplicio levantado en un ángulo de la plaza. Fontana mira con atención las cuerdas, ve que efectivamente van á arder, á romperse, á dejar caer el obelisco y á matar á los obreros, manda que se mojen las cuerdas rápidamente. Bresca sabía que los cables colocados verticalmente, se encogen cuando se les moja y naturalmente levantan el peso que está suspendido de ellos. Así sucedió y la operación acabó en medio de aplausos universales.

El Papa tiende los brazos á Fontana, éste corre hácia el hombre que había gritado *acqua alle funi*, le abraza, le lleva al Papa y le pide su perdón. "No se trata de perdón, replicó Sixto V, se trata de recompensa; que él mismo designe la recompensa que quiera." Bresca, que sabía que en los jardines de su ciudad natal se cultivaban palmeras y que se iban á comprar allí ramos para el día de las palmas, pidió para él y sus descendientes el privilegio de vender al palacio apostólico las palmas necesarias para la fiesta de los Ramos.

Al día siguiente le fué entregado un diploma que le otorgaba aquel privilegio; además, el jefe de la familia fué declarado capitán honorario del primer regimiento, con derecho de enarbolar el pabellón pontifical á bordo de su navío. La familia Bresca, ilustrada por su abuelo, está encargada todavía hoy de suministrar las palmas del día de Ramos. Cada año manda un navío que la lleva á Roma, en donde se distribuyen con las ceremonias de costumbre 1.

El Santo Padre bajó de sus departamentos á la basílica y se dirigió á la capilla de la Piedad, en donde le esperaba el Sacro Colegio. Después de haberse re-vestido con los ornamentos sagrados, subió á la *sedes gestatoria* y se adelantó hácia la Confesión de San Pedro, precedido, como el día de Navidad, por los prelados

1. Véase la *Vida de Pio VII*, por M. Artaud.

y los cardenales y acompañado del estado mayor de la guardia noble. Alrededor del Santo Padre, los guardas suizos, de gran uniforme, llevaban las espadas relucientes de los cantones católicos, noble costumbre que parece decir que los hijos de Guillermo Tell tienen siempre sangre en las venas que derramar para defender al inmortal guardian de la libertad del mundo.

Después de una corta oración delante de la Confesión, se sentó el Soberano Pontífice en su trono y recibió la obediencia de los cardenales revestidos con la capa violeta. Haces de palmas se levantaban á la izquierda y á la derecha del trono, dejando ver siete ramos muy distinguidos por su elegancia y sus adornos; estas siete palmas, obra de las religiosas camaldulenses, estaban destinadas á adornar el altar y la cruz papal. Acabada la bendición se volvió á sentar el Papa y comenzó la distribución. El cardenal decano, en pie cerca del trono, presenta una á una las palmas al Santo Padre, quien las da sucesivamente á los cardenales, á los patriarcas, arzobispos, obispos, generales de los órdenes, etc, y á los extranjeros admitidos con billete del mayordomo. Este insignie favor nos había sido concedido, y si el tiempo borra las impresiones, al menos la palma del día de Ramos y el cirio de la Candelaria, recibidos de las manos del Vicario de Jesucristo, nos quedarán como preciosos recuerdos de aquellos momentos solemnes.

Mientras los ojos se fijan en la majestuosa ceremonia, el alma está toda entera en los recuerdos que despierta, para hacerlos más vivos. Hay voces sonoras que cantan la antífona *Pueri Hebræorum*, y creis oír las sencillas exclamaciones de los hijos de Jerusalem que acudian con la multitud delante del Divino Triunfador. Vos mismo asistís al triunfo, comienza la procesion y el Vicario del Hombre-Dios,

llevado en su trono, baja la basílica. Y el *Gloria laus* y los otros cánticos católicos mezclados á las ceremonias más expresivas, trazan á la vez la entrada de Nuestro Señor á Jerusalem y la entrada del género humano al cielo, cuya puerta cerrada se abre por la cruz.

Vuelve la procesion al coro y el Santo Padre sube al trono, los cardenales dejan los ornamentos de su orden, vuelven á tomar sus vestidos de coro y su *cappa violetta*; todo se prepara para la misa celebrada por un cardenal presbítero. Llega el momento solemne de la Pasion y hé aquí tres sacerdotes encargados de repetir los dolores de la gran Víctima, que aparecen en el centro del coro, llevando la alba y la estola diaconal después de haber besado los pies del Santo Padre, comienzan el lúgubre drama. El sacerdote que canta la relación es un tenor de voz varonil y fuerte, el segundo llamado *ancilla* es un *contralto* que repite en un tono penetrante las palabras de los testigos, de los jueces y de los verdugos, las palabras del Salvador salen de un bajo profundo y solemne.

Este canto, superior á todo elogio, es casi el mismo en todas las iglesias católicas. Pero hay dos cosas que en el Vaticano hacen este rezo dramático, bello ó más bien magnífico; la precisión de las voces y sobre todo el coro. Todas las voces que en la historia de la Pasion, la multitud de los judíos, ó muchos personajes deben hablar al mismo tiempo, estalla el coro en una armonía sencilla pero llena, y por decir así, compacta, y pronuncia las palabras con una verdad que se palpa. Así cuando los judíos exclaman: "Crucifícale" ó bien: "Barrabás," el canto, como las palabras, es conciso y terrible; no tiene más que una nota para cada sílaba y en las tres notas de la última palabra un cambio súbito de tono produce un efecto dramático. Estos coros

fueron compuestos en 1585 por Tomás Luis de Victoria, nativo de Avila y contemporáneo del inmortal Palestrina, que no encontró en ellos nada que corregir ó cambiar.

En el Ofertorio se canta como salmo una parte del *Stabat* de Palestrina, obra maestra de lo patético y de armonía; todo es vida en este día. Después de la misa, el Santo Padre, de pie en su trono, bendice á la concurrencia; luego el cardenal celebrante proclama la indulgencia de treinta á años concedida por el Soberano Pontífice á los fieles presentes al oficio. El cortejo se pone en marcha y el Soberano Pontífice vuelve á sus habitaciones.

Había sido fácil convencernos de que en Roma, como en todas partes, la bendición de los ramos es una de las ceremonias más populares del catolicismo. Aun en nuestros días se ve en Francia y aun en París á la multitud empeñada en recibir la palma bendita; la mujer comerciante la extiende en su tienda, en la calle, y el cochero de sitio la enarbola en su sombrero, mientras el niño lleva alegremente en su mano el boj maravilloso cargado aquel día de manzanas y de juguetes; á esto se limita desgraciadamente la piedad del mayor número. Las poblaciones de Italia, entre las cuales está ménos debilitado el sentimiento cristiano, conservan con un cuidado religioso las palmas que se les distribuyen en las diversas iglesias, las colocan en los lugares más visibles de sus casas; tienen en ellas no solo un piadoso símbolo de la Pasion del Salvador, sino también un recuerdo de la obligación que les está impuesta de llamar todos los días las bendiciones del Cielo y de santificarse, como han sido santificadas aquellas ramas de palmera, por las oraciones de la Iglesia.

Mientras el cardenal gran penitenciario

1 Arbusto.

se dirigia á San Juan de Letran para ejercer allí las funciones de su dignidad, nosotros estábamos en marcha hacia la basílica de San Sebastian. Antes de llegar á la puerta *Appia*, se pasa bajo el arco de Druso. No diré otra cosa de este monumento, sino que fué levantado por el Senado en honor de Neron Claudio, que recibió además el título de Germánico, conservado despues en su familia. Este arco, gravemente deteriorado, se compone de gruesos trozos de travertino y de dos columnas de mármol africano de orden compuesto. En la cima está un resto del acueducto de agua *Argentiana*, que mandó conducir Caracalla del monte Algido á sus Termas Antoninas. Aquí comienza la célebre vía Apia.

Su solidez, su anchura, su extension, el número y la magnificencia de los mausoleos de que estaba limitada á derecha é izquierda, le habian merecido el nombre glorioso de Reina de las vías, *Regina viarum* 1. Al ver sus anchas losas, que pisaron sucesivamente todos los grandes personajes de Roma pagana, el peregrino católico no olvida que fueron tambien pisadas por los pies de los Apóstoles y enrojeadas con la sangre de innumerables mártires, 2 luego se pregunta por qué razon y por qué secreto maravilloso daban los Romanos á sus obras en general y á los caminos en particular aquella solidez que desafía los siglos. Los hijos de Rómulo, pueblo guerrero, debieron dar una gran importancia á la construccion de los caminos necesarios para la circulacion continua de sus ejércitos; de ahí las vías públicas á las cuales se han quedado, como recuerdo de su origen, los nombres de *Militares*, *Pretorianas* ó *Consulares*. Tal es la respuesta de la historia.

1 Appia longarum teritur regina viarum Mart. IX, 104.

2 En cada página de la historia y de los martirologios encontráis una frase que comienza con estas palabras: *Romae, via Appia*, y que acaba con un mártir.

Sin negarla, la fe añade otra. El imperio romano, destinado á facilitar la propagacion del Evangelio que iba á llevar al mundo la unidad moral, debia establecer la unidad material de todos los pueblos bajo un cetro comun. Esta mision reclamaba, entre otras cosas, grandes é innumerables vías de comunicacion. Roma estaba encargada de abrirlas; y el espectáculo que teniamos á la vista nos enseñaba todavia, despues de más de dos mil años, la precision de esta respuesta y la enérgica inteligencia con que Roma supo cumplir una tarea que no comprendia. "Las vías públicas, dice un historiador, testigo de su magnificencia, ocupan el primer lugar entre los monumentos de la Ciudad eterna." 1 Se puede todavia juzgar de ellas por los pormenores de su construccion.

Para establecer un camino, se empezaba por cavar el terreno hasta cierta profundidad, luego se le nivelaba reemplazando con una arena fina y sólida las partes de tierra que presentaban poca consistencia. Cavada así la *forma*, se arreglaban los declives, y en caso de terraplenar, se golpea el terreno con pesados mazos ó se hacia con gruesos cilindros de hierro que se dejaban rodar encima. Venian en seguida tres ó cuatro capas de mampostería que formaban una masa de tres pies de espesor.

La primera, llamada *statumen* ó fundacion, se componia de una capa de argamasa de cal, de cerca de una pulgada y sobre muchas hileras de piedras planas de diez pulgadas de espesor, que estaban unidas entre sí por una mezcla muy dura.

La segunda, *rudus*, consistia en un lecho de argamasa mezclado con menudas pie-

1. Ego sane in tribus magnificentissimis operibus Romae, et e quibus maxime apparent illius imperu[m] opes, pene aquaeductus, viarum munitiones, cloacarum structurae, neque id solum ad utilitatem ejusmodi operum respiciens, sed etiam ad impendu[m] sumptuumque modum Dion., Hal., lib. III.

dras del grueso de un huevo y de fragmentos de ladrillo. Se golpeaba fuertemente este amasijo con pilones de hierro, y cuando estaba bien oprimido, reducido á diez pulgadas de espesor, se ponía encima el núcleo.

La tercera, *nucleos*, era una mezcla de cal, de arena y de tierra inculta, todo bien batido. Su espesor variaba de cinco pulgadas á un pie.

Por fin, la cuarta, *summum dorsum*, el lomo de la calzada, ó *summa crusta*, la corteza superior, estaba formada de grandes piedras planas, cortadas en polígonos irregulares ó en ángulos rectos. Estas losas, de las cuales las más grandes tienen hasta tres ó cuatro pies de diámetro, estaban un poco levantadas hacia el centro y unidas todas con tal precision, que ningun cuerpo extraño podia penetrar.

Así estaban enlosadas todas las vías consulares, hasta cincuenta leguas de Roma. Más allá de aquel término, ó en las provincias, la *summa crusta* se componia de una capa de guijarros fuertemente unidos con mezcla, con el espesor de seis pulgadas; éste era el macadam perfeccionado.

Las vías estaban limitadas á derecha é izquierda por dos pequeñas paredes, *margines*, ó parapetos de gruesas piedras que servian á la vez de contrafuerte y de paso para las gentes de á pie. Estos límites tenian quince pulgadas de altura y veintituna de latitud. De doce en doce pasos se levantaban piedras un poco más altas con algunos escalones para ayudar á los viajeros á subir al carro ó al caballo. Por fin, aparecen las *muliarías*, gruesos límites de piedra ó de mármol, cilíndricos ó cuadrados, de cerca de ocho pies de altura y que indican las distancias de Roma, de mil en mil pasos, hasta quince leguas de la ciudad 1.

1 Tit. Liv. IX, 46; XLI, 22. Cicer., de Legiv.,

La anchura ordinaria de la vía Apia es de veintiseis pies. En medio de las lagunas Pontinas, tiene hasta treinta y seis, á fin de disminuir los peligros de aquel paso; y más allá de Fondi vuelve á tener veintiseis pies. Una vez que sale de las gargantas de Itri, seguía con la misma anchura la misma magnificencia de adornos y de construccion hasta Brindes, puerto en otro tiempo célebre, adonde iban á embarcarse la mayor parte de los grandes personajes que salian para el Oriente. Siguiendo sus pasos habiamos pasado el *Almon*, pequeño río en el cual, los sacerdotes de Cibeles, lavaban cada año la estatua de la diosa y los objetos que servian para su culto; ¡lo necesitaban tanto! La pequeña iglesia del *Domine, quo vadis*, se habia presentado á nuestra izquierda, sin haber podido detenernos; San Sebastian debia tener nuestra primera visita. Esta basílica, edificada sobre las célebres catacumbas de San Calixto se cree que es de origen constantiniano. El Papa San Dámaso la restauró en 367 y fué dedicada por Inocencio I á San Sebastian, á quien el Papa Cayo llamó el *Defensor de la Iglesia*. Fué reedificada en 1611 por el cardenal Scipion Borghese, al estilo de la época. La fachada está adornada con un pórtico sostenido por seis columnas de granito; la nave es amplia, elevada y se termina por un altar adornado con cuatro columnas de mármol verde veteadas. Lo que más llamó nuestra atencion es un tabernáculo de mármol blanco que representa al Niño Jesus en pie sobre una columna y rodeado de dos santas mujeres. ¿Podía el simbolismo cristiano expresar más vivamente el adorable misterio de la Eucaristía? La parte más venerable de aquella iglesia es la *Platonía* ó *locus ad Catacumbas*, especie de subterráneo medianamente iluminado en donde se

III, 5, Bergier, *Grandes caminos del Imperio*, t. II, 16, y IV, 40, etc.